

# LA ILUSTRACION CATOLICA



ÉPOCA 2.<sup>a</sup>—AÑO II.



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

Madrid 14 de Setiembre de 1878

NÚMERO 10



S. M. LA REINA DOÑA MARÍA CRISTINA, VIUDA DE FERNANDO VII



## SUMARIO

TEXTO. Nuestros grabados, por A.—*Revista de la semana*, por D. Valentin Gomez.—*La patria del cristiano*, por D. Remigio Paredes.—*El cólera en Tánger*, por D. G. Solano.—*La borrachera*, por D. Miguel Moya.—*El castillo de terciopelo*, novela de Paul Féval, traducida por doña Balbina Antúñez.—*Conocimientos útiles*, por M.—*Jeroglífico*.—*Anuncios*.

GRABADOS: S. M. la Reina doña María Cristina.—Emmo. señor Cardenal Lorenzo Nina.—*Encuentro de un elefante en el lago de Tanganiha*.

## NUESTROS GRABADOS

**S. M. la Reina doña María Cristina.**—En la Revista de la semana del número de nuestro periódico correspondiente al día 28 del pasado mes, nos ocupamos ya de la muerte de la Reina doña María Cristina, recientemente ocurrida en el Havre. Entonces hubiéramos podido publicar el retrato de la que fué Reina consorte de Fernando VII y luego Reina Gobernadora de España; pero el temor de que dicho trabajo no correspondiese á nuestros deseos, por la premura que su dibujo y grabado requerían, nos hizo suspenderle. El que hoy ofrecemos á nuestros lectores es un magnífico y exactísimo retrato de la Reina Cristina en los últimos años de su vida, larga en días y en vicisitudes.

Símbolo de paz á su venida á España; emblema de discordias y de antagonismos más tarde; hoy Regente del reino y mañana obligada á refugiarse en extranjero suelo; ensalzada un día y combatida al siguiente, la Reina doña María Cristina es claro ejemplo de lo miserables que son todas las grandezas humanas.

**Emmo. señor Cardenal Lorenzo Nina, nuevo Secretario de Estado de Su Santidad el Papa Leon XIII.**—La situación especialísima en que hoy se encuentra colocada la Santa Sede; los muy difíciles trabajos que exige la reconciliación con Alemania ya comenzada, y las complicaciones á que una nueva actitud de la Italia pudieran dar lugar, hacen que el cargo de Secretario de Estado de Su Santidad, de gran significación siempre, revista en los actuales momentos mayor importancia que nunca. No es, pues, extraño que la prensa toda de Europa hiciese conjeturas acerca de quién sería la persona designada para suceder al Cardenal Franchi, ni que se ocupase de las altas dotes que adornan al nuevo Secretario del Papa, despues de saber que en 19 de Agosto fué nombrado para desempeñar tan elevado puesto el Emmo. Cardenal señor Lorenzo Nina.

El Cardenal Nina es italiano, y su pueblo natal Recanati, una pequeña villa situada cerca de Loreto, como vamos de Ancona á Nápoles, que fué también cuna de Leopardi.

Allí vino al mundo el 12 de Mayo de 1812; y apenas llegado á la adolescencia, estudió con aplicación y aprovechamiento notables Filosofía y Bellas Letras. Las facultades de Teología y Derecho las cursó en la Universidad romana, y una vez recibido el título de doctor, obtuvo en 1853 las órdenes sagradas, y poco despues el nombramiento de secretario particular del Cardenal Di Pietro, á cuyo lado trabajó con gran celo y aptitud, mereciendo por ello justísimos elogios. A su reconocida ilustración y á su notoria laboriosidad debe el señor Nina haber desempeñado sucesivamente, con aplauso, la subsecretaría de la Congregación del Concilio, la prelación de Sant'Ivo, la prefectura de los estudios en el Liceo Pontificio de Sant'Apollinare, una secretaría en la Comisión preparatoria del Concilio Vaticano, y haber sido creado Cardenal por Su Santidad Pío IX en el Consistorio de 12 de Marzo de 1877.

Desde entonces, como Prefecto del Convento de la Congregación de la Propaganda, y últimamente como auxiliar del Cardenal Franchi, ha prestado eminentes servicios á la Iglesia Católica.

De esperar es que en su nueva posición los prestará aún más importantes.

**Encuentro de un elefante en el lago Tanganiha (Africa Central).**—El lago Tanganiha, del que ya hemos dicho á nuestros lectores que es el punto

principal de aquella parte del Africa explorada por los Cameron, Livingstone y Stanley, y hoy objeto de los trabajos de los Misioneros Católicos, ocupa un gran número de leguas, y sus poblaciones se comunican por los medios marítimos conocidos de los incultos habitantes de aquel país.

Uno de los mencionados exploradores cuenta que al salir del pueblo de Kasanngalohua, y tomar la embocadura del Lougouovou, río importante de una gran corriente, tropezaron con un magnífico elefante que acababa de bañarse, y que al aproximarse la canoa de los viajeros huyó, perdiéndose en los espesos matorrales, sin que pudieran disparar los rifles sobre el animal, por una imprudencia de uno de los negros que acompañaban al atrevido explorador.

Este es el asunto del grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores.

A.

## REVISTA DE LA SEMANA

Es cosa averiguada que se va á Alsásua por las Casetas, y desde Alsásua á cualquier punto de Guipúzcoa en el tren corto que sale de Miranda para San Sebastian.

Es cosa averiguada que se vuelve por el mismo camino; pero que no se vuelve en el mismo tren, sino precisamente en aquel que á la ida no se puede tomar sino con billete hasta Hendaya.

Lo que no es cosa averiguada es la razón de esta diferencia, que podrá ser cómoda para cualquiera menos para los viajeros.

Y como no hay manera de averiguarlo, á lo menos en lo que á nosotros toca, nos limitamos á consignar el hecho, y junto con el hecho nuestra extrañeza, y junto con nuestra extrañeza el deseo de que en el año que viene se arreglen las cosas de modo que, sin perjudicar los intereses de la Empresa, se atienda con esmero á los intereses del público.

No es menos importante el arreglo de la línea de Navarra, cuyo estado deja bastante que desear. Siendo la Compañía del Norte dueña ya de aquella línea, creemos que se activarán los trabajos de recomposición, y, sobre todo, los del gran puente que el Ebro se llevó hace años, y que hace pasar á los viajeros un largo rato de angustia, al verse suspendidos sobre andamios y vigas, que desde lo alto del tren parecen demasiado endeble para sostener el enorme peso de los carruajes y furgones.

Hasta ahora, gracias á Dios, no ha ocurrido ningún contratiempo; pero bastan la lentitud con que los trenes cruzan el puente, y las demás precauciones que se toman, para causar inquietos cuidados á los viajeros.

Una señora que venia en nuestro carruaje se aterró al ver que el tren se paraba antes de tomar la embocadura del puente, y que luego iba á paso de carreta sobre aquellos ligeros hierros, cuyo estridente ruido producía mayor espanto en nuestra compañera de viaje.

—Grande debe ser el peligro, decía la señora, cuando vamos á este paso.

—Precisamente, le contesté yo, esta lentitud y este cuidado deben tranquilizarla á usted por completo. El peligro está siempre en la confianza, dice un proverbio, y dice bien. Tema usted la rutina, que es hermana de la imprudencia; no tema usted al cuidado de aquellos que tienen obligación de velar por nosotros. ¿Sabe usted lo que acaba de suceder en Londres? Una catástrofe espantosa. Más de quinientas personas, mujeres y niños en su mayor parte, acaban de perecer en el Támesis. El vapor *Princesa Alicia*, que habrán visto muchas veces anclado en Bayona los que acostumbran á visitar los puertos de la Gascuña, hacia un viaje de recreo por el río, donde nadie piensa jamás que haya peligro alguno para las embarcaciones.

Tranquilos y contentos irían los pasajeros, gozando de las delicias de un día destinado al esparcimiento, en el instante mismo en que el rudo choque de un barco de hierro abría al confiado vapor de tal manera, que en menos de cinco minutos la *Princesa Alicia*, la tripulación y los pasajeros, se hundían en las turbias y oxidadas aguas del

Támesis, sin que uno de aquellos infelices lograra salvarse.

Estremece pensar que un simple descuido baste para que toda una población flotante, como quien dice, desaparezca en un abrir y cerrar de ojos, y despierte por sorpresa en los insondables abismos de la eternidad.

Pues repárese en la estadística de estas grandes desventuras, y se verá que apenas sucede un contratiempo en aquellos lugares donde el peligro es constante. En bajos escollos y corrientes que los marinos conocen como peligrosos, se toman todas las precauciones imaginables, y no sucede nada. En las aguas tranquilas y en las costas seguras, la catástrofe viene de pronto y sin que haya manera de atajarla, porque el exceso de confianza ha hecho olvidar los medios de defensa.

¡Cuántas veces sucede en la sociedad lo mismo! También los pilotos encargados de dirigir la nave de los pueblos descansan tranquilos y seguros sobre las apacibles aguas del bienestar material ó de la fuerza pública, y á lo mejor, un choque, un huracán, un accidente impensado hunde de pronto á la sociedad en el abismo, sin que haya modo de evitarlo, porque se han dado al olvido los medios de defensa.

En cambio, cuando las aguas se revuelven con anticipación, y reinan vientos contrarios, y hay escollos, y bajos, y arrecifes á una y otra parte de los mares, todo el mundo vive alerta, y cada cual ocupa su puesto, y la materia y el espíritu se agitan en perpétua y provechosa actividad, y el peligro se vence de seguro, ó á lo menos se lucha contra la catástrofe para atenuarla.

Entonces, la moralidad, la religión, el orden, son los salvavidas preparados á toda hora para los tripulantes, y aunque lo récio de la tempestad deshaga el barco, la tripulación llega al puerto, y queda así salvado lo principal.

¿No advertís, caros lectores, que en estas sencillas y vulgares reflexiones se encierra todo un sistema de gobierno, que por desgracia suelen no tener en cuenta los grandes estadistas de nuestra época?

¿No advertís que Bismarck ha estado á punto de ser la *Princesa Alicia* de Alemania, y que todavía, si el orgullo le ciega, y no echa mano de los salvavidas consabidos, y vuelve á dormirse en brazos de la confianza, ese barco de hierro que se llama *socialismo* podrá hundir para siempre al pueblo alemán, como ha querido hundir á su Emperador en las sombras de la muerte?

¡Si por ventura quisieran aprender algo de la Iglesia Católica!

Ella es perfecto modelo de prevision y de prudencia. Jamás la sorprenden los choques, ni las tempestades.

Cuando más próspera marcha sobre la superficie de las aguas, más precavida es y menos tolera el descuido de sus tripulantes. Por eso, donde quiera que aparece un error, aunque muestre las apariencias de la santidad, allí está ella dando la voz de alarma, y maniobrando con la misma celeridad y con igual energía que si se tratara de un gran desquiciamiento social, de una nueva irrupción de bárbaros ó de una nueva protesta de frailes apóstatas y de príncipes concupiscentes.

Ved aquí uno de los divinos secretos de la vitalidad de la Iglesia. El infortunio no la ha abatido; pero aún ha sido la prosperidad menos poderosa para cegarla.

\*\*

La cuestión de Oriente no ha dejado de ser cuestión. Al contrario; pudiera ser muy bien un arrecife donde naufragasen los estadistas que se reunieron en Berlin.

Como á Grecia no se le ha dado lo que pedía, su Tesalia y su Epiro, anda en muy malas relaciones con el Imperio otomano, y cada día se pone el negocio más en disposición de acabar como el rosario de la aurora.

El Austria sigue avanzando en el territorio que le tocó en suerte; pero la resistencia es dura, y hay quien dice que Serbia y la misma Turquía ayudan á los insurrectos de Bosnia y Herzegovina contra los ejércitos austriacos.

La Rumelia está agitada por los rusos, según afirman malas lenguas, á fin de que pida su anexión á la Bulgaria.



En Constantinopla se vive bastante mal. Suceden unas á otras las conspiraciones y las crisis. El Emperador teme por su vida, y las odaliscas por una nueva viudez.

Está escrito que los Sultanes de nuestro tiempo no han de tomar su café, ni chupar su inmensa pipa con la tranquilidad de los Selines y Solimanes.

Los italianos, por su parte, siguen gritando que les den Trieste y Trento, visto que en el reparto de Berlín no se les ha dado más que un almuerzo diplomático. Sólo que el Austria no parece de humor para conceder eso que piden los italianos, y antes bien gustaría más de que éstos quisieran tomarlo á viva fuerza, á fin de tener ocasion de vengar la paz de Villafranca.

Para que todo sea completo, hasta en Francia se revuelve la idea de la dimision, más ó menos voluntaria, del mariscal presidente.

Verdad es que el año 80 se acerca, y hay que preparar anticipadamente los sucesos para aquella fecha importantísima.

Es una letra que hay que pagar con los fondos que ahora se vayan recogiendo, y todos los partidos se apresurarán á guardar hasta los ochavos morunos.

¿Se pagará la letra? ¿Se protestará?... Este es el secreto del porvenir.

Por lo que toca al presente, no se necesita telescopio para ver la negrura de la situacion en los cuatro puntos cardinales; ni es menester entregarse á un optimismo exagerado para pensar que la obra de la iniquidad amenaza ruina.

Usurpadores, déspotas, tiranos, tribunos falaces, todos los que hasta hoy han vivido sonriendo con la sonrisa de un triunfo definitivo, empiezan á temer algo; algo que parece semejante á la misteriosa mano de Dios, que así contiene á los mares encrespados, como empuja de las entrañas de la tierra la abrasadora lava de los volcanes.

\*\*\*

En compensacion de esas cosas que en Oriente se dibujan y en Occidente se señalan, tenemos al incomparable Imperio marroquí mucho mejor de lo que todo el mundo ha dicho.

Resulta, por de pronto, que nuestro afectuoso amigo el Emperador de Marruecos no ha pensado siquiera en abandonar este pícaro mundo. Goza, por el contrario, de una perfecta salud, y está dispuesto á vivir todo el tiempo que pueda.

Resulta, asimismo, que lo del cólera ha sido una exageracion de algunos aprensivos. Ha habido casos de cólera esporádico, como siempre y como en todas partes; pero no ha llegado á tomar carácter de epidemia.

Donde la hay en espantosas proporciones es en los Estados-Unidos. La fiebre amarilla está diezmando las poblaciones de Nueva Orleans y Ménfis, habiendo llegado esta última ciudad, segun frase de los despachos telegráficos, á una situacion verdaderamente desesperada.

España, gracias á Dios, aparte de las calamidades crónicas que la afligen, no siente en estos momentos sino las tristes consecuencias de una pertinaz sequía. El trigo se encarece de un modo considerable, y este hecho influirá desfavorablemente en las clases trabajadoras. Hay, no obstante, la confianza de que las grandes existencias de trigo que tienen los Estados-Unidos, por causa de la guerra de Oriente, podrá compensar nuestra escasez.

Pero aunque esta confianza no existiera, los que vivimos en Madrid no conoceríamos en la corteza de esta felicísima y siempre alegre villa, el doloroso cáncer de la miseria.

El lujo continuaria lo mismo; las diversiones nos saldrían al encuentro para ahuyentar la preocupacion y el fastidio; los placeres nos sonreirian como insolentes cortesanas, y aunque la desventura quisiera levantar su frente coronada de sombras, la luz de esta felicidad permanente la haria hundirse de nuevo en el abismo.

En este gran centro de la vida de España no se permiten más procesiones por fuera que las de la alegría: las procesiones del dolor van por dentro.

VALENTIN GOMEZ.

## LA PATRIA DEL CRISTIANO

### I

Encontrábame triste y profundamente pensativo, como debe encontrarse todo aquel que se halla fuera de la patria amada.

Solo con mi dolor, y pensando en mi tristeza, parecíame imposible ser feliz en una tierra que no alumbraba el sol que me vió nacer, ni refrescaban las brisas que con mis cabellos jugueteaban cuando niño, y no pensaba en otra cosa que no fuera en los encantos que tenían para mí las plácidas llanuras y las agrestes montañas por donde habia corrido tantas veces.

Y como lenitivo á mi amargo dolor, y como único consuelo á mi quebranto, buscaba la triste soledad de las campiñas, donde creia yo ver y contemplar las dulces imágenes de nuestras venerandas costumbres, de aquellas costumbres que bendijo el cielo por su sencillez y su inocencia, y no obstante, el mismo triste silencio en que me hallaba venia á denunciar al alma mia que su creencia era tan sólo ilusion de los sentidos; que mi patria amada estaba lejos de mí, tan lejos... que apenas podia llegar á ella el pensamiento.

Y entonces se aumentaba hasta el infinito mi dolor, dolor amargo que no podian amortiguar todos los placeres de este engañoso mundo en que nacemos.

En otro tiempo, decia yo, no hace todavía muchos años, gozábame mi espíritu en los encantos hechiceros del país privilegiado en que mis ojos se abrieron á la luz; entonces, al pasar por sus bosques silenciosos, hablábame dulcemente al corazon hasta el leve crujir de las hojas que imperceptible brisa movía en las copas de sus robustos árboles; como al descansar á la orilla de sus fuentes sentía en sus cristalinas aguas el eco de una voz que alegraba el corazon dándole placer inusitado; pero hoy, tan sólo sepulcral silencio me rodea; nublóse el cielo de mi dicha, que al apartarme de un suelo que las flores tapizan de continuo, sólo quedó al corazon dolor y luto, y á los ojos llanto abundantísimo con que aliviar las penas del destierro.

Ya no puedo oír el dulcísimo trinar de tantas aves como allí fabrican su nido cantando sus amores, ni me es dado contemplar la bella luna que baña con su luz opaca el lugar donde pasó mi infancia: todo, todo desapareció de ante mi vista, como desaparece el perfume de la flor que mil labios marchitaron con sus besos, ó como ráfaga de viento que empuja terrible el huracan.

Encuéntrome confuso y aturdido; no sé por qué de mi alma se apoderó un desaliento tan terrible; ¡ah! es que sólo en la tierra en que nacimos se puede ser dichoso. ¿Dije dichoso, por ventura? ¡Triste y amarga ilusion de mis sentidos!

### II

Habia pasado desde entonces algun tiempo, y sentía instintivamente, aquí, en el pecho, un movimiento inusitado de alegría; pero alegría grande, inmensa, como la que siente el navegante que despues de largos años y fatigas vuelve á visitar los pátrios lares, sagrado recinto que no olvida jamás hombre ninguno, por muy depravado que tenga el corazon...

Iba á retornar otra vez á mi patria querida, á aquella patria por quien tantas veces habia suspirado, y á la que amaba con tan fervida pasion.

Dentro de poco podria estrechar contra el corazon á mis amigos, y recrearme en las serenas cuanto tiernas miradas de mis ancianos padres, y gozar de los encantos de nuestras sencillas costumbres, y admirar la grandeza y majestad de nuestras montañas, y beber las puras y cristalinas aguas de nuestros arroyos. Dentro de poco iba á ser feliz, y sin embargo, ¡quién lo dijera! mi corazon se hallaba envuelto en negro manto de dolor y de tristeza.

Patria querida, lugar donde nací y donde mis labios balbucearon las primeras oraciones que el hombre dirige al Creador, yo ansiaba verme otra vez entre tus muros para gozar de aquella felicidad con que brindabas á mi primera juventud, y no obstante, ya lo he dicho, mi alma se encontraba sumida en la amargura.

Y es que en aquellos mismos momentos, y aún en medio de los silenciosos sueños en que dulce-

mente me mecia, sentia en mi interior misteriosa voz que con fatídico acento exclamaba sin cesar: hombre desventurado, desgraciado mortal que buscas la felicidad donde no existe, tú ignoras por completo el nombre de tu patria. Serás siempre infeliz; te lo digo en nombre de tu conciencia.

Y recuerdo que, en un momento de delirio y como queriendo arrojar fuera de mí aquella voz que me hacia daño, repuse con firmeza: la tierra donde nací, y de la cual conserva mi pecho los recuerdos, esa es mi patria verdadera.

¡Pobre pigmeo, que ni aún conoces cuán equivocados son tus juicios! No es el lugar donde se nace la verdadera patria del cristiano. Llegarás á esa tierra por quien tanto suspiraste, pisarás otra vez los campos que tanto deseas ver y contemplar; pero... ya no cantarán en ellos sus amores los alegres pajarillos que tanto te deleitaron; ni verás los bellísimos vergeles que te regalaron sus perfumes; el corpulento árbol que te cobijara con su sombra no ha podido resistir á los embates de los vientos, y... tu felicidad será ficticia, porque no podrás ya contemplar lo que en otros tiempos hiciera tus delicias.

Y llegué al lugar donde habia creído encontrar la dicha, y la dicha huyó de mí; y ya no pude estrechar á los que el sér me dieron, ni pude ver tampoco á los que en otro tiempo se llamaron mis amigos.

Y encontréme otra vez en triste soledad, y acudí á mis ojos triste llanto, y vagué por los bosques y por los campos, y volví á trepar por las montañas, y nada oía sino la voz que me dijera: «La tierra donde se nace no es la tierra del cristiano.»

Y tuve sed, y no encontré ni uno sólo de aquellos manantiales que tanto conocía; y me abrasaban los rayos de ardiente sol sin que pudiera divisar uno solo de tantos árboles como ántes me cobijaban con amor.

Estaba en la que siempre habia creído mi patria, y era más que nunca infeliz; nada decia á mi corazon aquella tierra que yo tanto bendijera.

Todo se encontraba en el silencio más profundo; tan sólo á mí llegaba el acento de aquella voz desconocida que proseguía repitiendo sin cesar: «No serás feliz, porque esa tierra no fué, ni será nunca tu patria verdadera»; y sin hacer caso de aquella voz, salí de aquel lugar y fui en busca de otros lugares, y tomé asiento en todos los festines de la tierra, y gocé de todos sus encantos, y era de los hombres envidiado, y sin embargo, no pude ser dichoso, porque la felicidad no puede hallarse en una tierra que es, sin duda, la tierra del destierro.

### III

Cansado ya de los festines de este suelo, y sin que los mundanales placeres hubieran dejado en mí otra cosa que el amargo recuerdo de haberlos buscado en algun dia, vagaba por las calles solitario, pensando si tal vez habria una patria en que tuviesen fin nuestras fatigas.

Hasta entonces no habia creído en otra patria que en la que guarda las cenizas de mis mayores. Sujeto á la dura esclavitud de las pasiones, y no viendo por doquiera sino podredumbre y vil materia, no comprendia ese viajador instinto que en el hombre habita, y que es en el el móvil de sus más grandes acciones.

El hombre para mí es un misterio. ¡Un misterio debe ser para el que crea encontrar en la tierra su destino!

Un misterio dije, y hubiera dicho mejor un absurdo incomprensible.

Y paseando por las calles más concurridas, y hasta viendo con espanto aquella febril actividad con que cada individuo procura sus deseos, deseos nunca enteramente satisfechos, pensaba que si esto que pisamos fuera parte de nuestra patria, habíamos de conseguir en algun dia todo aquello á que aspiramos, cosa completamente imposible en este mundo, por ser nuestras aspiraciones infinitas.

Habia visto muchos hombres, y jamás habia encontrado ninguno satisfecho.

Debía, pues, existir una patria comun donde tuviera su morada un objeto tan inmenso como nuestros deseos; y luego díme á pensar que en esa patria podian existir los espíritus de nuestros padres, que no pudieron morir, puesto que aún informan gran parte de nuestras acciones, y empecé á tener algun





consuelo, y creí que también yo podría llegar á verlos, y entonces fuí feliz... ¡ah! esa patria debe existir, porque sería horrible, muy horrible, el no poder contemplar más el semblante de nuestros padres, de esos seres de sagrada memoria que tanto en el mundo nos quisieron.

Esa patria existía, ¿pero dónde? Ya lo sé; mi buena madre me lo dijo muchas veces en los años de mi infancia.

Era yo muy niño; apenas si podría contar seis primaveras, cuando en una mañana de ventura, en una de esas mañanas que convidan al hombre á la meditación y la alegría, me encontraba á su lado contemplando el nacimiento de la aurora, espectáculo sublime que hace que las aves entonen himnos de alabanza al Hacedor de lo creado.

La belleza de la luz, que empieza en esos momentos á derramarse por el horizonte, dando calor y vida á los seres que la reciben amorosos, y el canto de las aves, y el murmullo de las aguas, y las brisas que la saludan con afán, causaron en mí tal emoción, que dirigiendo á mi madre mis miradas no pude menos de decirle con cariño: ¿No es verdad, madre querida, que es muy bello el mundo en que vivimos, y que nada hay que pueda compararse á su hermosura?

—Sí, hijo mío; bello es el mundo, como todo lo que Dios ha creado; pero hay todavía algo más hermoso, inmensamente más hermoso; tú aún no puedes comprenderlo, porque todo lo embellece tu inocencia; más adelante, cuando tu inteligencia empiece á despertar, cuando quizá no tengas padres que te ayuden á sobrellevar los trabajos de la vida, cuando tu alma gima envuelta en el dolor del desengaño, comprenderás que vives en un destierro. No te aficiones, pues, á él.

Castigados, por culpas nuestras y de nuestros padres, habrémos de vivir en él por algún tiempo; pero, por fin, la patria nos espera, y nos espera para concedernos un descanso sempiterno.

¿Y esa patria, madre mía?

La patria del cristiano está en el cielo.

REMIGIO PAREDES.

## EL CÓLERA EN TANGER

El cólera morbo-asiático, esa terrible epidemia que nace en las riberas del Ganges y lleva sus horrores por toda la tierra; huésped inhumano, cuya visita cuesta siempre á Europa millares de habitantes, ha aparecido en el Imperio de Marruecos, (según dicen) y hace de Tánger, de la antigua capital de la Mauritania Tingitana, de la triste y miserable ciudad, sólo bella y pintoresca por la parte del mar; teatro de desolación, de duelo y de muerte.

Toda Europa teme hoy que la contagiosa plaga no detenga su fúnebre carrera en el Imperio de Marruecos; todas las naciones que comercian con Africa se creen amenazadas de inminente peligro; todas las almas cristianas elevan hoy sentidas plegarias al cielo, pidiendo el amparo de la misericordia divina. Creemos, pues, que es oportuno dar algunas noticias acerca del origen y de la historia del cólera morbo, que seguramente serán leídas con interés.

Los autores que se han consagrado preferentemente al estudio de la epidemia colérica, no se muestran conformes acerca de su antigüedad, pues en tanto que, como Litré, opinan algunos que el cólera morbo es enfermedad naciente, creen otros, y entre ellos figura Gendrin, que data de fecha antiquísima.

El ilustre Ozanam es de esta última opinión, y

la defiende fundándose en que los libros sanscritos mencionan el cólera como plaga existente en la India desde tiempo inmemorial, y en que el historiador judío Josefo habla de dos epidemias que se cebaron en los filisteos y en los israelitas, y las describe con caracteres que algunos autores aseguran ser los del cólera epidémico.

Sin remontarnos á época tan antigua, lo que sí parece fuera de duda es que la peste negra que hubo en Florencia en el siglo XIV, y que en el espacio de cuatro meses quitó á aquella ciudad de Italia 100.000 habitantes, no era sino el cólera morbo.

Esa peste parece que salió del reino de Catay, al Norte de la China, en 1346; se metió en la India; recorrió la Turquía de Asia y de Europa; penetró en Egipto y en una parte del Africa; fué importada en Silesia por unos buques procedentes de Levante, en 1347; de allí pasó por el mismo medio á Pisa y á Génova; infestó en 1348 toda la Italia, excepto Milan; traspasó los Alpes en el mismo año, y desoló la Saboya, la Borgoña, el Delfinado, la Pro-

rece de nuevo en el mes de Agosto de 1817 en Jersora, ciudad situada en medio del Delta del Ganges; ataca inmediatamente las provincias del Bajo Bengala, y poco despues recorre un espacio de más de 200 leguas, talando con furor todo el Delta del Ganges.

Veamos cuál es su carrera:

En 1819 avanzó hacia los países orientales del Asia; se establece en la provincia de Azacan y recorre la península de Malaca, la isla de Penang, el reino de Sian, las islas Filipinas y la isla de Francia.

En 1820 fueron acometidas las islas de Borbon, Sonda, Batana, que perdió 17.000 habitantes, y el puerto de Canton, donde los estragos de la peste fueron horriblos.

En 1821, Barhesin, Buschir, en el territorio de la Persia, y Basora, en la embocadura del Eufrates, experimentaron sucesivamente la devastación, pues se dice que sólo Basora perdió en once días 15.000 habitantes.

En 1822 recorre gran parte de la Persia y se detiene. Mascuando la humanidad creía verse libre de tan cruel azote, se le ve aparecer nuevamente en 1823 en todas las ciudades de la Siria; dirígese hacia las costas del mar Caspio, hace en ellas una estación de seis años; siguió al cabo de este descanso el curso del río Volga, y llega á la populosa ciudad de Moscow, donde, al decir del doctor Markus, hizo muy cerca de 8.000 víctimas.

En 1831 se le ve producir innumerables estragos en Inglaterra, y más tarde penetra en Egipto, siguiendo las caravanas á la Meca.

En 1832, Francia recibe la visita de tan mortífero huésped, que en su paso gigantesco acaba de recorrer 3 millones de leguas cuadradas. Atraviesa el Océano; se presenta primero en los Estados-Unidos; pasa despues á Méjico y luego á las Antillas, sin dejar por eso de extenderse por el Mediodía de Europa, pues España en 1833 y 1834, Argel y nuestras provincias meridionales en 1835, y Génova en 1836, y Nápoles y el resto de Italia en 1837, se ven víctimas de espantosa mortandad y dolor cruento.

Pasan diez años de tregua, y como si en ese tiempo no hubiese hecho otra cosa que reponer la fuerza mortífera que habia gastado, aparece el cólera morbo en 1848, 1849 y 1850, produciendo en toda Europa horrores que la pluma se resiste á contar.

La última vez que la asiática epidemia estuvo en España, fué en 1865. Todos recuerdan lo terrible y extraordinario de sus estragos. Pocas son las familias que no le debieron la pérdida de un ser querido.

El cólera es como el fuego: sólo puede ser combatido con el aislamiento; como los avaros, muere de hambre.

¡Quiera el cielo que no se propague el que hoy diezma á los habitantes del Imperio de Marruecos!

G. SOLANO.

## LA BORRACHERA

El mundo sensato la odia y la desprecia; pero cediendo á la poderosa fuerza de las circunstancias, háse visto precisado á transigir con ella, y no pudiendo destruirla, la soporta, como soporta el hombre el cáncer destructor que le roe y devora cuando ha perdido la esperanza de lograr estirparle. La



EMMO. SR. CARDENAL LORENZO NINA

venza y el Languedoc; penetró en Cataluña, en los reinos de Castilla y de Granada, y en el resto de España, donde causó inmenso estrago. En 1347 desoló Inglaterra, Irlanda y Flandes. En 1350 acometió con furor la Alemania, la Hungría, la Dinamarca y casi todo el Norte de Europa; y terminó en 1363, despues de haber sacrificado, según Villani, las cuatro quintas partes de los habitantes de Europa.

El terror que se apoderó de la humanidad es indefinible; millares de familias abandonaban sus hogares y sus bienes, y huían al campo, donde creían encontrarse libres de peligro; para implorar la Divina gracia, los hombres y las mujeres hacían fervientes rogativas, y de aquella época data el establecimiento en Hungría de la hermandad de *Los Disciplinantes*, hombres que, poseídos de un gran espíritu de penitencia, recorrían las calles á pie descalzo, con un Crucifijo en la mano izquierda y unos azotes en la derecha, y gritando: ¡Señor, misericordia!

Desde entonces hasta el presente siglo no vuelve á hablarnos la historia de esa plaga. Pero apa-



borrachera y la sociedad celebraron una alianza, y habiendo convenido en que el Estado la respetaría á condicion de que la borrachera habia de divorciarse del escándalo, con quien desde época

lejana venia unida en barraganía vergonzosa, encomendaron el cumplimiento de ese original tratado al sereno. ¡Precaucion inútil! La borrachera, convencida de su poder, ha traspasado impune-

mente los límites que se la fijaron, ha hecho prevaricar á su perseguidor con sólo adormecerle, y olvidada de su palabra solemne, corre por todas partes burlándose del mundo, y orgullosa



ENCUENTRO DE UN ELEFANTE EN EL LAGO TANGANICA



de ser semilla fecunda del vicio y del crimen. ¡La borrachera! Yo oigo sus báquicos cantos y sus gritos de alegría; voz de eco siniestro, que más que al placer, incita á la meditacion; risa que tiene algo de terrible, como la risa lúgubre y espan-

tosa del loco; yo la veo apoderarse de los hombres por sorpresa, como la traidora mano que nos hiere por detrás; inundar el estómago; escalar con sus vapores el cerebro, y confundir y trastornar nuestras ideas; yo la siento invadir la inteligencia como

un elemento destructor, como la piqueta revolucionaria, que destruye y aniquila el pensamiento; yo la veo como la disipacion del pobre, como el bálsamo del olvido, que más envenena que cura al que le emplea; como la voz que pronuncia el últi-



mo brándis en esos suntuosos banquetes donde no se sabe qué admirar más, si el lujo de la adornada mesa ó la riqueza de los manjares; como el espíritu revoltoso que anima y da vida á romerías y verbenas; como la furiosa tempestad que se desata, produciendo criminales contiendas.

Yo la veo en todas las épocas y en todos los pueblos influyendo poderosamente en los destinos de la humanidad; la veo aprisionando á Nabucodonosor cuando le anuncian la destrucción de Babilonia; preparando la terrible enfermedad que ha de conducir al sepulcro á Alejandro; presidiendo muchas veces la elección de los Emperadores en la Ciudad Eterna, y haciendo más terribles y sangrientas las criminales persecuciones del terror.

Intento condenarla, y se me presenta alegre, decidida como la felicidad, elocuente como la inspiración; pienso adularla, y la veo triste, andrajosa, llena de miseria, y la oigo pronunciar palabras soces y groseros insultos. Lo ha invadido todo, todo lo llena. Podemos verla sobre el dorado sillón de mullido asiento, en una habitación lujosa tapizada de raso, y sobre el sùcio arroyo de una calle; en el palacio suntuoso y en la asquerosa taberna; en la elegante alcoba que adorna artística lámpara egipcia, y en el hediondo y desenladrillado cuarto de una prevención; en todas partes persiguiendo al hombre, dominándole, reduciéndole á un estado que no es la locura, pero que tiene mucha semejanza con ella, borrando de su mente toda idea de dignidad, y empujándole por ese desgraciado camino que empieza en el olvido de los deberes sociales y acaba en la pesada cadena de un presidio. ¡Ah! La borrachera, en su loco orgullo, dirá que alienta y robustece la inspiración del genio; podrá creerse ennoblecida porque logró seducir á todas las clases de la sociedad; pero no se envanece con su traicionero triunfo, que la virtud ve en ella al cómplice eterno de todas las miserias humanas, y al mayor enemigo del hombre.

Es la locura que quiere burlarse de todo el mundo é imponer sus preceptos; es, tal vez, algún sátiro que encubierto penetra en nuestro cerebro, haciéndole concebir los más descabellados propósitos; es el veneno del licor que nos desvanece, y el placer que deleita un instante y nos envilece más tarde, haciéndonos juguete de un niño; el descaro que se disfraza con la impunidad, y la charlatanería insultante; un vaso de vino más de lo conveniente, es la chispa que produce un escándalo, el sétimo día del obrero sin fé y la corona de una orgía.

La borrachera desprecia al mundo y se rie de la sociedad. No hay reputaciones que respete, ni honra que no infame, ni conoce virtudes que no intente destruir. Hace gala de ser cínica, y niega en absoluto los pensamientos nobles. Para ella no hay amistad posible. Una palabra inofensiva la basta para aconsejar la muerte del amigo más querido; un ligero capricho para calumniar á la honrada madre de familia; un aplauso para insultar á la ancianidad y no reconocer más ley ni más justicia que la fuerza. Huid de ella si no queréis ver pisoteada vuestra dignidad; huid de los sitios en que vive, porque si teneis una familia, estais expuestos á verla infamada por aquellas lenguas mal-ditas, congregadas para destruir reputaciones. La borrachera no piensa, pero habla, y habla á destajo, como si no fuera otra cosa que la llave que abre la caja donde están ocultos los más criminales pensamientos, ó la indiscreta mano que arranca por sorpresa la careta con que la hipocresía se encubre.

La borrachera toma todas las formas imaginables, y en cada sitio sabe presentarse de distinta manera. No podemos, pues, tacharla de ignorante. En los salones sabe improvisar versos, y pronuncia discursos melodramáticos y brándis que se llaman entusiastas, sin duda porque su autor rompió el vaso ó arrancó el mantel que cubría la no desierta mesa, juzgando que el estrépito de los platos, al romperse, chocando sobre el alfombrado suelo, sería una buena prueba de entusiasmo. En las calles discute con el sereno, logrando convencerle siempre, ó si los municipales lo permiten, se pasa la noche hablando con una esquina, ó si es intransigente, concluye por alborotar al pacífico vecindario.

Pero aún es su influencia más terrible. Viciosa en su origen, criminal en sus efectos, descreída

siempre, la borrachera, que empieza por negar la virtud, extingue en el hombre todo sentimiento religioso, borra de su conciencia la noble idea del bien, le aparta del camino de la moral, y concluye por desterrarle de la religión y de la honradez.

¡La borrachera!

Se arrastra haciendo esas como la serpiente, y como la serpiente está maldita.

MIGUEL MOYA.

## EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

Su conciencia le gritaba: ¡Tú no has hecho más que cambiar de orgullo! Antes te consumías sobre tus libros para elevarte hasta ella. ¡Loco! ¡miserable loco! ¡Y ahora bailas sobre la cuerda porque ella te mira! ¡Loco, más que loco, más que miserable!

Y era la verdad.

Ya se sabe lo que sucede cuando una pasión propia de un hombre se desencadena en el corazón de un niño.

El niño no por eso se hace hombre. Sus esfuerzos no pasan de ser esfuerzos pueriles, y su misma locura es una locura de niño.

—Hay una cosa de que nunca te he hablado hasta ahora,—dijo la Chaumel, como si hubiera respondido á aquella confusa acusación que se alzaba en la conciencia de su hijo, y como si su instinto de madre la hubiese mostrado el momento más oportuno para cauterizar la llaga oculta...—Nunca me he atrevido á decirte, porque eres orgulloso, y siempre he creído que el saberlo te daría mucha pena; pero hoy ya no quiero ocultártelo por más tiempo, porque cuando lo sepas te harás más sumiso y no volverás á tener orgullo. Hace ya mucho tiempo que estamos viviendo de limosnas.

—¿De limosnas?—repitió Pichenet, levantando de repente la cabeza del regazo de su madre é irguiéndose lleno de fiera amargura.

—¡Somos tan pobres!—prosiguió la Chaumel;—tu padre se lleva el dinero cuando lo hay, y está en su derecho, pues que él es el amo. Con frecuencia, cuando él se marchaba, como suele hacerlo, nosotros nos quedábamos sin pan. Pero ¡Dios es tan bueno, Pichenet! Todavía hay ángeles en la tierra... ¡ya lo creo!

Bien lo sabía Pichenet. La imagen deslumbradora de María pasó ante sus ojos. La Chaumel continuó:

—Una mañana, que estaba yo llorando en la cama porque mi marido no había vuelto á casa desde hacía tres días, y ya te había yo dado la noche anterior nuestro último rebojo de pan, oí unos pasos furtivos que se dirigían hacia nuestra cabaña. Todavía estaba bastante oscuro, y sin embargo no tuve miedo. ¡Una casa donde no hay nada, siempre está segura! Si son ladrones,—me decía yo,—buen chasco se llevan los infelices. Pero no eran ladrones. Vinieron hasta la puerta; los pasos se detuvieron en el mismo dintel, y el que era no llamó. Sólo que entre la madera de la puerta y la piedra del umbral ya sabes que hay una ancha rendija; pues bien, por esta rendija ví yo una cosa blanca: era una mano muy pequeña. Después oí sonar una cosa en el pavimento de la cabaña. Aclaró el día, y cuando me levanté á trabajar había en el suelo de la choza una moneda de oro de veinticuatro francos.

—¡Ah!—exclamó Pichenet, que escuchaba con los ojos tamaños y la boca abierta cuan grande era. Y añadió allá en su interior:

—¡María! ¡Oh, qué hermosa y qué buena es María!

Había quedado seguramente aplastado bajo la idea de su miseria; pero admiraba con entusiasmo la nueva aureola que resplandecía de improviso en la frente de María de Noyal.

No puede decirse que el joven hubiese nunca sondeado el abismo que le separaba de su sueño.

Los sueños de un niño se confeccionan tan fácilmente como los cuentos de hadas. Aquella limosna le hacía caer hasta una profundidad considerable y le ponía muy triste; mas la tristeza suya era un éxtasis.

—¡Una hermosa moneda de oro!—continuó la Chaumel;—de la que comimos pan durante muchos días.

Y suspiró.

—Sí, sí,—murmuró en seguida;—muchos días. ¡Y he hallado otras muchas monedas de oro como aquella!

—¿Ha vuelto?—la interrumpió Pichenet.

—Ha vuelto tan á menudo, que con el oro que ha pasado por entre la puerta y la solera tendríamos para hacer una casa magnífica en este cerro; pero tu padre...

—¡Ah!—exclamó Pichenet; esta vez frunciendo las cejas con enojo.

Figurábase aquel oro brillante cayendo de las preciosas manos de María en la mano grosera y sùcia de Malbrouk, y esto le sublevaba.

—Tu padre,—continuó la Chaumel,—viendo que siempre teníamos pan, se preguntaba de dónde nos venía; llegó á averiguarlo, y...

—¡Y nos ha robado el oro de nuestro ángel!—interrumpió Pichenet.

—¡Oh!—exclamó la pobre mujer con dulzura,—no nos lo ha robado, porque todo lo que hay aquí le pertenece; pero ahora sabe ya cómo nos viene ese dinero, y está en acecho... Cuando se dejan sentir los pasos sobre la arena del otero, se levanta, se pone á gatas detrás de la puerta, y no bien ha tocado la moneda al suelo cuando ya la coge...

—¿Y no habeis mirado nunca, madre mía,—repuso Pichenet tembloroso, porque quería oír pronunciar el nombre de su amada,—no habeis mirado nunca por la ventana para ver de más cerca la mano del ángel?..

La Chaumel sonrió y levantó al cielo sus ojos humedecidos.

—¡Que Dios la bendiga á la preciosa niña!—murmuró.

Pichenet repitió este buen deseo en el fondo de su alma.

—¡Que Dios bendiga á su padre,—añadió la Chaumel,—á su hermana y á todas aquellas personas de su mayor agrado! ¡Oh, sí, la he visto! La he visto mirar en torno suyo con inquietud, queriendo ocultar su buena acción, como otras ocultan sus faltas. La he visto atravesar ligera y tan hermosa sobre la arena húmeda de rocío, abrir el postigo...

—¡Es decir, que es ella!—exclamó Pichenet sin poder contenerse.

—¿Ella, quién?—le interrogó la Chaumel, cuyos ojos ya enjutos adquirieron una expresión de inquietud.

—La señorita de Noyal,—respondió Pichenet todo confuso.

—Hay dos señoritas de Noyal,—dijo la Chaumel con cierto énfasis.

De sobra lo sabía Pichenet; pero la paridad establecida entre María y Blanca le llegaba al alma, como si fuese la más irritante injusticia.

—¡Oh!—dijo con aire de seguridad;—yo hablo de la mayor...

—Pero yo hablo de la otra,—dijo pausadamente la pobre madre.

Pichenet bajó la cabeza.

—¡Blanca!—continuó la Chaumel;—jese es el ángel, ese! Ella es la que viene sin ruido como la misericordia de Dios. ¡Oh! ¡Si las oraciones de una pobre mujer valen algo, Blanca tiene que ser muy dichosa en la tierra y en el cielo!

Pichenet decía para sí:

—¡No es María la que me ha hecho la limosna! Y quizás añadía en la locura de su orgullo:

—Tanto mejor.

Pero la Chaumel no tuvo tiempo siquiera de traducir su silencio, porque le echó los brazos al cuello y lo besó en los ojos, como si quisiera cargarle.

—Has hecho bien en decirme eso, madre mía,—exclamaba, casi con alegría;—sí, sí; obedeceré. Oye,—añadió mirando por la ventana;—ahí está la maroma preparada. Desde hoy subiré á ella todos los días... Te lo prometo.

La Chaumel había solicitado esta promesa y se entristeció de haberla obtenido.



—¡Pluguiera al cielo que ésta fuese la última vez!—dijo exhalando un profundo suspiro.

Pichenet se levantó y fué á coger un traje azul celeste con lentejuelas de plata que Malbrouk le había traído aquella mañana misma.

—¡Ya verás,—dijo,—si voy á estar hermoso!

Las lágrimas asomaron de nuevo en los ojos de la pobre madre. Pichenet arrojó el traje y se puso de rodillas delante de ella.

—Si tú lloras,—la dijo,—¿de dónde quieres que saque yo el valor necesario?

## VII.

## Donde se come

La señora vizcondesa de Margamel tenía un vestido de damasco amarillo, que había costado á veintiocho francos y cincuenta céntimos la vara. No se lo ocultó ella á la señora vizcondesa de Landivizy, que la declaró á su vez, en justa correspondencia, que su guarnición de encaje de Brabante valía setenta y cinco luises menos dos escudos.

La señora Vizcondesa de Brec-del-Larz-de-Cramayeu-en-Geveson-las-Joreés-sobre-Papagoux había hecho reformar su vestido de corazones echando llamas, con volantes de un dibujo parecido. El cinturón era nuevo.

La señora vizcondesa de Honnihic, en todo el esplendor de una belleza que había necesitado ocho lustros para manifestarse, llevaba un corpiño de satén color de aceituna, guarnecido de galones encarnados, cuyos cambiantes insufribles mareaban.

La señora vizcondesa de Galironet, poniendo aún más alto su orgullo, había encontrado medio de hacer entrar dos docenas de plumas de ayestruz en su tocado. Y las llevaba muy bien. Cualquiera hubiera dicho que era un catafalco.

Las demás vizcondesas (1) habían hecho cada una lo que había podido.

El caballero Badabreux, empolvado como un molinero, estrenaba un frac de satén color de tórtola, cuyo corte parecía remontarse á los tiempos prehistóricos. El señor Poilbriant tenía las pantorrillas postizas de los días de fiesta. El señor la Guerche llevaba una sortija de dos mil luises.

El señor Pervern, el bajo-breton, no tenía ni satén, ni pantorrillas, ni puños; pero una pierna de carnero que se había comido por la mañana, sin cumplidos, remojándola con tres ó cuatro azumbres de buena sidra, le inundaba de un olor á ajo verdaderamente apetitoso.

Por lo demás, este hidalgo andaba muy derecho, se ponía tachuelas en los zapatos, ceceaba de la manera más ofensiva y echaba pullas con el mayor descaro del mundo á todos los que no eran aficionados á las piernas de carnero con ajos.

Debemos, sin embargo, confesar que había en casa del señor marqués de Noyal personas que no se prestaban al ridículo. Al lado del batallón, casi aterrador, de las vizcondesas, se veía todo un enjambre de señoras y señoritas; un ramillete móvil que hacía visos é iba mostrando poco á poco cada una de sus bellas flores. Las vizcondesas eran las hojas de berza en que se envuelven algunas veces los ramilletes en Bretaña.

Al lado del funesto Badabreux, perjudicial hasta tal punto, que declama tiradas de versos de Crevillon; al lado del señor la Guerche, el enemigo de la ortografía; al lado de Poilbriant, el abocetado, y de Pervern, el fanático por la carne salpés, había caballeros, y muchos, que hubiesen hecho *ex escape* toda su fortuna en la corte de París.

Y también había otros que no tenían necesidad de hacer fortuna.

Los había que se llamaban Rieux ó Rohan, ó Montboucher, ó La Houssaye, ó Villiers de L'Isle-Adam, ó Goulaine.

Allí encontraréis hijos de aquel caballero Slay, que repartió su descendencia entre Francia é Inglaterra, de Boberil, la Chalotais, Chateaubriand,

Derval, Argentre, Bonamour, Tredern, Broons Cheffontaines, La Bourdonnaye, La Bédoyere, Kergarion, Duplessis de Grenedan, Coetquen, Pire, Guebriand, y otros muchos.

Porque no hay como Rennes, después de París, para poseer juntos tantos nombres conocidos en la historia.

Y todos audaces como el oro; todos bravos como la punta de su espada.

Federico Soulié, el gran talento dramático á quien Dios se dignó hablar á la hora de su muerte, pintó una vez la juventud de Rennes, alegre en la pradera, alegre en el salón, brillante de amor, de valor y de fe; hizo una obra maestra.

La casa del marqués de Noyal estaba montada á la moda; pero no se sufría en ella todo el rigor de la etiqueta provincial. La marquesa había muerto al dar á luz á Blanca. El palacio de Noyal, dirigido por una joven, una niña y un marqués entre joven y viejo, que llevaba cien mil francos de diamantes en la botonadura de su traje, conservaba una fisonomía del todo especial. Divertíase allí la gente muy á finas veras.

La lengua de trinchante de las vizcondesas, aún no era capaz de llegar á envenenar aquellas alegrías; y cuando el criminal Badabreux no declamaba escenas de tragedia, el aburrimiento se quedaba á la puerta.

Siempre se daban forma de reir, á pesar de los malaventurados alejandrinos, y á las barbas de las vizcondesas. Esto de las barbas no es una metáfora, porque las vizcondesas tenían barbas, y las de la de Galironet eran rojas.

Cuando Lacuzan volvió de su excursión por los dominios de Malbrouk, había ya comenzado la comida; una comida espléndida, que prometía acreditar al marqués de Noyal y á su cocinero. A Lacuzan se le había reservado libre su sitio; había-se notado su ausencia; pero las vizcondesas tenían hambre, y no mordían todavía más que las variedades de sopa.

—¡Hola, hola!—exclamó el marqués;—estais donoso, Lacuzan. Habiéis llegado el primero y os sentais á la mesa el último.

—Dispensadme, señor marqués,—respondió Lacuzan;—un asunto de cierta importancia...

—Ya sé, ya sé,—le interrumpió la de Galironet;—al subir la escalinata he visto por encima de la tapia del jardín al señor conde hablando con Malbrouk el volatinero.

La señora vizcondesa de Galironet ostentaba al decir esto una sonrisa entre inocente y maliciosa. Todos miraron á Lacuzan, que hizo á la vizcondesa un silencioso saludo.

Cuando Lacuzan entraba en el comedor, María se había puesto un poquito encarnada. Por lo que hace á Blanquita, le había echado al conde una mirada que quería decir:

—¿Está hecho eso?

Y como Lacuzan con un signo afirmativo de cabeza la respondiera: «Está hecho», la señorita Blanca tuvo el valor de enviarle un beso á través de una mesa de sesenta cubiertos. No podemos menos de implorar para ella la indulgencia de las personas formales.

A ninguna de las vizcondesas se la había escapado aquella maniobra, y todas se prometieron allá en su interior hacer de ella un buen bocado para sus afilados dientes, á los postres, cuando se pasara el primer apetito.

Entre tanto, el héroe Lacuzan se sentó á la mesa y comió como un simple dragon.

Desaparecieron los dos primeros platos servidos, que, á fe mía, no fueron desairados. Todo era delicioso. Ya se entonaban himnos en loor del Burdeos de Noyal. Las lenguas iban desatándose. Blanca se reía á carcajadas con sus vecinos. Badabreux, como un puchero rajado que produce al contacto del aire sonidos desagradables, dejaba escapar alguno que otro hemistiquio.

La orquesta tocaba á media voz las bellas melodías de Gluck, que incomodaban á las vizcondesas todas. Decían éstas, sin embargo, que aquello era soberbio. Señoras y señoritas se animaban. María hablaba, y hablaba alegremente. Para todos había tenido palabras de agrado, menos para el conde de Lacuzan.

Tenía la culpa éste, que era el único que no había acudido á engrosar la falange de sus admiradores ántes de la comida.

Cuanto al marqués, sus ojos brillaban tres veces más que los botones de diamante de su traje. El marqués bebía poco; pero tenía la cabeza débil, contra el humo de la vanagloria.

Este fué el momento escogido por el trágico Badabreux para hablar un poco de la viruela negra, que todo el mundo trataba de olvidar, porque todo el mundo la tenía miedo. Iba ya una semana que la epidemia estaba haciendo en la misma ciudad horribles estragos.

—Sí, señora,—dijo Badabreux levantando la voz, como para cortar todas las conversaciones particulares;—el secretario de la Alcaldía no tenía motivo ninguno para engañarme: ayer, la cifra de los muertos se elevó á veintinueve.

La noticia cayó como una bomba. Reinó el silencio todo en derredor de la espaciosa mesa; un silencio completo, tristísimo. Y por singular casualidad, la orquesta, que tocaba el último acorde de una sinfonía, se apagó en un sordo gemido. Todo el mundo sintió correr el frío por sus venas.

María se estremeció y se puso pálida. Helóse la sonrisa en sus hermosos labios de claveles.

—¡Veintinueve!—repitieron todos á la redonda cuando hubo pasado el primer susto.

Badabreux se regodeó en su triunfo.

—¡Es enorme!—dijeron algunos;—¡en una población de treinta mil almas!...

—¡Poco á poco, poco á poco!—replicó Badabreux con una viveza no del todo exenta de satisfacción, porque todo noticiero tiene algo de chacal;—no he dicho veintinueve en toda la población; he dicho veintinueve sólo en la parroquia de San Estéban. Y en Rennes hay seis parroquias, sin contar á San Hilario.

—Seis veces veintinueve,—refunfuñó el señor la Guerche,—hacen un total de...

Pero no estaba mucho más fuerte en el cálculo que en la ortografía, y no pudo concluir la frase.

—Hacen ciento setenta y cuatro,—concluyó Badabreux, cruzando las manos encima del plato.

—Pero bueno,—dijo Pervern, el bajo-breton,—con esa fuerza no puede durar mucho tiempo.

—¡Ciento setenta y cuatro!—repetían, no obstante, las voces femeniles.—¡Y en un solo día! ¡Esto es el fin del mundo!

María tenía los ojos bajos, y agitaban sus labios silenciosas convulsiones.

—¡Pero, caballero!—exclamó el marqués incomodado;—¿qué plato de postre nos ha traído usted ahora? ¿No podía usted hablar de un asunto menos triste?

—Ese caballero hubiera podido, á lo menos, no hablar con tanta exageración,—dijo Lacuzan con su voz sonora y reposada.

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que se había sentado á la mesa.

—¡Paréceme, señor conde,—le contestó Badabreux, herido en lo más vivo,—que el primer secretario de la Alcaldía puede saber muy bien...

—Caballero,—le interrumpió Lacuzan,—ayer mismo, mi ayuda de cámara llegó al castillo del Grail diciendo que habían sido enterradas trescientas personas en la noche anterior. Dispénsenme ustedes, señoras; la conclusión de mi historia será mucho mejor que el principio. Yo sigo con interés la macrha del terrible *mal de infierno*, como le llaman, porque precisamente las primeras víctimas han sido mis padres, madreñeros de la selva de Rennes...

—Y Dios sabe á cuántos de ellos ha salvado usted, Lacuzan,—dijo con entusiasmo Alberto de Coetlogon;—sí; nadie como usted tiene derecho á hablar del *mal de infierno*.

Blanca dió las gracias á Alberto con una mirada. El color de las rosas volvió á presentarse en las mejillas de María.

—Si es que se necesita algún derecho para hablar de la epidemia reinante,—quiso insistir Badabreux,—yo creo que el señor secretario...

Pero un coro de voces femeniles ahogó la suya, gritando:

—Hable usted, hable usted, Lacuzan.

—Con aquella noticia de mi ayuda de cámara,—continuó éste último,—me vine en seguida á Rennes, y me fuí á casa de cada uno de los rectores de las cinco parroquias principales; allí supe que habían muerto diez personas en todo el día de anteayer.

(1) El autor no necesita hacer notar aquí que no es su intención burlarse de la nobleza bretona, entre cuyos miembros cuenta numerosos y excelentes amigos. Trátase de una aberración que alcanzó hácia mediados del pasado siglo proporciones exorbitantes. Los verdaderos títulos eran muy raros, y sin embargo, las Memorias relativas á la última reforma atestiguan que en los años inmediatos al advenimiento de Luis XVI, poblaban en Bretaña vizcondes y vizcondesas con tanta abundancia como ahora los marqueses en España.



—Un prolongado suspiro de desahogo corrió todo en rededor de la mesa.

—Ya sabía yo, ya me lo figuraba,—exclamó el marqués muy contento;—¡todo eso son fábulas! A más de que el mal de infierno no había de trepar á las alturas de Santa Melania, en donde nos hallamos. A vuestra salud, Lacuzan,—añadió cogiendo una copa;—habéis hecho volver la sonrisa á los labios de las damas.

Las damas, en efecto, sonreían. Sólo Badabreux conservaba un cariz amenazador y sombrío.

Pero Lacuzan meneó la cabeza. María le miraba ahora tan atentamente, que parecía que iba á tragarse con los ojos.

—No; el mal de infierno no es una fábula,—dijo en voz baja el conde;—el mal de infierno ha subido ya á los altos de Santa Melania.

María se puso más blanca que la muselina de su vestido.

—¡Habrà algun ataçado por aquí cerca!—murmuró.

Una hora más tarde, la orquesta tocaba un minué. Los entremeses y los postres habían pasado entre unas cuantas frases cruzadas de acá para allá, á propósito de la epidemia. El buen vino del marqués había concluido por hacer renacer la alegría.

Diez personas distan mucho de ser ciento setenta y cuatro.

Y luego, que los banquetes del marqués de Noyal eran capaces de alegrar á los mismos atacados del mal de infierno. Nadie pensaba ya en aquel grito de ave nocturna que había lanzado Badabreux. Pero para castigarle, y para no matar en germen la renaciente alegría, se le había prohibido al tal Badabreux, siempre fúnebre, toda declamación, toda suerte de fragmento dramático. El pobre había traído varios.

(Continuará.)

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

Un invento de grande porvenir acaba de hacerse en Francia para evitar los choques de trenes, que ha sido ensayado recientemente en Marsella. Es un espejo eléctrico que reproduce todo el movimiento de la línea, de estación á estación, de modo que, poseyéndolo todas ellas, los jefes podrán seguir desde sus asientos todos los movimientos de los trenes y conocer á cada segundo la posición de los que ocupan la línea. El espejo eléctrico puede reflejar fielmente todo lo que pase en un desarrollo de 100 kilómetros.

El gusano de seda es originario de la China, que lo guardó durante muchos siglos como un secreto de Estado. Hasta el siglo V, en que fué presentado al emperador Justiniano en Constantinopla, no hizo su entrada en Europa; y las repúblicas italianas de la Edad media se apoderaron de él para hacer de la seda una de las bases de su riqueza.

Las guerras de güelfos y gibelinos, siempre las guerras civiles, fueron la primera brecha abierta á esta industria propia. Desterrados de Génova, de Florencia y de Luca, buscaron en la ciudad de Lyon, la Suiza de entónces, un asilo, y á ella llevaron tan preciosa industria, que desde luego atrajo sobre esta ciudad la exención de impuestos y toda clase de privilegios por Luis XI, Carlos VIII y Francisco I.

Prohibióse en un principio la introducción de los tejidos italianos; colmóse de privilegios luego á los extranjeros que en ella estableciesen esta industria, y fué últimamente Lyon el único puerto que podía recibir de Italia las primeras materias, pues los morales de Tours y de otros puntos de Francia, nunca bastaron para el consumo de aquella corte fastuosa.

Los piamonteses Turquet y Naris, en 1528, son los dignados como creadores de la grandeza de Lyon por la industria de la seda. En 1548 formaron el cortejo de Enrique II, á su entrada en la ciudad, 459 tejedores y 446 tintoreros de seda, y por un reglamento de 1554 sabemos que había en la ciudad 12.000 obreros, sin comprender la incorporación separada de los fabricantes de cintas.

La sericultura tomaba el mismo vuelo que la industria. En 1601, Enrique IV hizo plantar en el jardín de las Tullerías 20.000 morales, que luego se repartieron por toda la cuenca del Ródano. En 1680 poseía ya Lyon 10.000 telares.

Dangon introduce la mezcla de lana en los tejidos de seda, y Fournier introduce la fabricación de las medias de seda, que se hacía en Inglaterra por esta época.

Después del pasajero eclipse ocasionado por la revocación del edicto de Nantes, continúa su vuelo ascendente y encuentra ya dentro de Francia las dos terceras partes de las materias primas. En 1787, 80.000 obreros empleaban anualmente de 10 á 12.000 quintales de seda.

El haber sobrevivido la sedería lionesa á los desastres y agitaciones por que pasó Lyon durante la gran revolución, basta para dar idea de la vitalidad que había alcanzado.

Bajo el imperio no pasó de 12.000 el número de los telares que habían sido reducidos á 25.000; pero la invención de Jacquard fué el poderoso resorte que ha hecho renacer en todo su esplendor la sedería, elevándose el número de los telares de Lyon á 20.000 en 1819, á 27.000 en 1827, á 40.000 en 1837 y á 30.000 en 1848.

En la actualidad, no cabiendo en Lyon los 120.000 telares existentes, se han extendido por todo el departamento del Ródano, quedando solamente 30.000 en la capital.

Estos 120.000 telares emplean anualmente 2.200.000 kilogramos de seda.

Cuatrocientas grandes fábricas dirigen la industria, ganando algunas de 10 á 30 millones de francos anuales, y dan trabajo á más de 800.000 personas.

El producto de estas fábricas representa de 430 á 480 millones de francos, de los cuales se exportan 350, y abastecen los mercados de Francia 110 próximamente.

La enfermedad de los gusanos de seda ha disminuido notablemente la producción interior, viéndose obligada Francia á acudir á la importación por valor de 400 millones de francos. Las transacciones á que da lugar esta industria, representan la sexta parte del comercio de la Francia.

M.

## SOLUCION AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

Pocos saben hablar á tiempo, pero ménos son los que callan cuando deben.

## JEROGLÍFICO



La solución en el número próximo.

Imp. de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, 4.

## SECCION DE ANUNCIOS

### DE LA VIDA Y DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS

CONSIDERADAS EN EL ESTADO RELIGIOSO  
obra escrita en francés por M. C. GAY,  
Obispo de Anthon, Auxiliar del de Poitiers  
traducida de la 7.<sup>a</sup> edición  
POR GABINO TEJADO

Tres tomos, 8.<sup>o</sup> mayor, á 12 reales cada uno para los que se suscriban desde luego, abonando al recibir el primero y segundo tomos, ya publicados, el importe total de la obra.

Está ya en prensa el tercer tomo, y en breve se publicará, siendo entonces 48 rs. el precio de la obra.

Se suscribe en la librería de Tejado, calle del Arenal, 20, Madrid, y en las demás librerías católicas, como también en las Administraciones de los diarios *El Siglo Futuro* y de *La Fé*, y de las Revistas católicas.

### LOS LIBERALES SIN MÁSCARA,

POR

D. VALENTIN GOMEZ

Esta obra se vende á 4 rs. ejemplar en la Administración de este periódico, y en las principales librerías.

A los señores libreros y corresponsales que pidan de doce ejemplares en adelante les hará una rebaja del 25 por 100.

## LA ILUSTRACION CATÓLICA

se publica desde el 1.<sup>o</sup> de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurren en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fé* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

### PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los Bonos del Timbre, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

### CROMOS

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta administración al precio de 6 reales ejemplar.

### LA DAMA DEL REY

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO  
POR D. VALENTIN GOMEZ

Se vende á 8 rs. ejemplar en esta Administración, y en la Lirico-dramática de D. Eduardo Hidalgo, calle de Sevilla, 14, pral.

### RETRATOS Y LAMINAS

Bellísimos retratos de Su Santidad Pío IX y de Leon XIII, estampados en papel casi cartulina, de las dimensiones de 46 por 30 centímetros, y al ínfimo precio de DOS REALES CADA EJEMPLAR.

También hay de venta dos magníficas láminas, que representan LA CONCEPCION, de Murillo, y LA APOTEOSIS DE SU SANTIDAD Pío IX, estampadas en papel superior, de 40 por 28 centímetros de dimension, al precio de REAL Y MEDIO CADA EJEMPLAR.

Tomando de cien ejemplares en adelante, se rebaja un 25 por 100.

Punto de venta, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.